

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** *Revista de Madrid*, por D. Diego de Rivera.—*El Pico de Adan*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*En un cementerio*, (poesia), por D. J. M. Sanjuan.—*La Bendicion paterna* (continuacion), por D.<sup>a</sup> Faustina Saez de Melgar.—*LÁMINA: Grabado de Labores*, núm. 67.

## REVISTA DE MADRID.



AS estaciones llevan consigo caracteres propios y determinados que influyen en las costumbres públicas, de modo que al comenzar el reinado de cada una de ellas se realizan siempre fenómenos conocidos de antemano.

Aplicando esta experiencia al verano y concretándola á Madrid, se ve por ejemplo que siempre suceden estas cosas: se dispersan las reuniones y tertulias desde las más encopetadas á las más humildes; se cierran los coliseos; se disminuyen las diversiones, y por último se despierta tal número de enfermedades misteriosas que gran número de gentes se ven obligadas á dar su correspondiente paseo por esos mundos de Dios, ó á tomar cualquiera de los innumerables baños que ofrecen las quebradas de los montes ó las inmensidades del mar.

En el año presente ha habido alguna alteracion en los fenómenos expresados, á saber, los que se refieren á las medidas higiénicas y á las diversiones ó recreos del público. Fácilmente podrá así conocerse echando una rápida ojeada sobre lo que pasa en la poblacion de la muy heroica y coronada Villa.

Si las tenebrosas dolencias de que antes hablábamos se curaban hasta hace poco por medio de los viajes y de las aguas medicinales, hoy un nuevo remedio ha venido á enriquecer la farmacopea social, remedio eficacísimo para conseguir aquel benéfico resultado.

¿Cuál es se dirá? Ya puede suponerse sin esfuerzo: un pasavolante á la Exposicion universal de París.

La capital que quiere ser cabeza de Europa, convida con sus seducciones ordinarias y con sus encantos hoy extraordinarios á cuantos pueden desprenderse de unos pocos miles de reales para reanimar con la ostentacion de sus

maravillas todo cuerpo doliente y todo espíritu abatido. Monarcas de luengas tierras, potentados de todas razas, hombres de ciencia y hasta viajeros meramente curiosos la visitan. ¿Cómo desoir tal llamamiento? ¿Quién se atreverá, pues, á negarle el óbolo de su obsequio y su consideracion?

Pocos de seguro lo harán, á juzgar por la animacion y movimiento de la línea del Norte. Los trenes conducen constantemente un mundo de gente de diversas condiciones, sin contar con otros muchos mundos que guardan en su seno los profusos atavíos de las damas. Ciertamente para hacer gran parte de ella la indispensable visita tiene que imponerse dolorosas privaciones en otras cosas, pero ¿á qué sacrificio puede negarse quien encuentra semejante medio de esparcir el ánimo y de proveer á la curacion del cuerpo y del espíritu?

La frase de *salir de Madrid* no se aplica, pues, solamente en este verano á los que se van á baños medicinales, ó á buscar solaz en el Mediterráneo ó en el Océano, sino á los que por fuerza tienen que asistir como espectadores al gran concurso internacional. Nosotros asistimos con pena á su despedida, porque tambien quisiéramos á vuelta de todo imitarles, pero por esta pícaro ley de las desigualdades humanas no se consigue todo lo que se desea.

Otra de las alteraciones arriba apuntadas se refiere á las diversiones públicas que en el presente estío se reproducen con verdadera fecundidad. La atonía que en otros años se experimentaba en la corte al comenzarse el amarilleo de las mieses y de las yerbecillas, no se echa de ver al presente pues hay varios puntos donde cumplir la respetable mision del pasatiempo, frecuentados por muchas gentes que no pueden ó no quieren perder de vista la torre de Santa Cruz. ¿Qué importa que estén cerrados los coli-



seos, base de las diversiones del invierno? Tenemos á la vez entretenimientos para todos los gustos y para todas las aptitudes. Comencemos por lo bajo para llegar á lo alto, y recorramos la escala de dichos entretenimientos.

¿Quereis representaciones dramáticas? Ahí teneis una multitud de modestos cafés dotados de sus modestos escenarios en que figuran actores que se atreven con todo género de obras y de espectáculos, incluso los de aparato y magia.

¿Quereis conciertos vocales? Pues entrad á otros de esa misma clase de establecimientos y, si bien no con la perfección artística que exigen los escrupulosos, oireis árias, duos, tercetos y cuartetos, ya de sencillas zarzuelas, ya de encopetadas óperas; y con placer notareis primores de ejecución y maravillas de sentimiento.

¿Quereis por el contrario bailes? Terpsícore no está menos favorecida. La mayor parte de las piedras preciosas ó de las mas exquisitas flores, simbolizan los templos al aire libre en que se rinde culto á dicha juguetona Musa. Por la tarde y noche se puede ir á tributarle obsequios.

Y si todo esto se quiere reunido en un solo local, el Circo de Paul os dará satisfacción á vuestros deseos, con baile, comedia, canto, gimnasia, cuadros disolventes, juegos de manos, etc., y con un sorbete ó cosa parecida de añadidura.

Pero pasando á otra clase mas elevada no es posible olvidar el Circo del Príncipe Alfonso donde las *ecuyeres*, los gimnastas, y los clowns atraen con sus habilidades, con su valor ó con sus farsas una numerosa concurrencia.

Ahora se nos ocurre una cosa: ¿por qué al hablar de este circo dirán algunos periódicos que en él se ha dado cita los lunes la alta sociedad de Madrid? Problema es este que deben resolver los espíritus levantados, pues el nuestro que es muy mezquino se conceptúa débil para acometer tamaña empresa.

Vienen por último los Campos Elíseos donde hay para todos los gustos.

Allí la compañía de la familia Chiarini ofrece farsas italianas, grandes espectáculos mímicos, gimnasia y juegos de magia. Barbieri con su magnífica orquesta da conciertos de buena música, bien tocada, circunstancias que con frecuencia no suelen andar reunidas. Los pirotécnicos queman grandes cantidades de pólvora con fuegos de *regocijo* y de *doble regocijo*; y finalmente la Montaña y demas adherentes del establecimiento funcionan sin descanso.

No se dirá que no hay ocasion de divertirse.

Tal es la fisonomía exterior de Madrid en la temporada que comienza. Otro día hablaremos de otras facies de la corte.

DIEGO DE RIVERA.

## INSTRUCCION.

### EL PICO DE ADAN.

—¿Es acaso posible? exclamaba la otra noche Julia, con su vivacidad acostumbrada; ¿es acaso posible, teniendo un corazón que palpita, una mente que discurre, perdonar al que ha querido herirnos en lo mas vivo, destruir lo que tenemos de mas precio: la honra, la dicha, la fortuna? ¡Oh, no! ¡En vano nos predicán los moralistas el perdón de las injurias: hay injurias que no se pueden perdonar, que no se perdonan nunca! ¡Cien veces, mil veces se arrastrarían á mis pies los calumniadores de mi padre, y la palabra perdón no saldría nunca de mis labios!

—Jesucristo perdonó á sus verdugos, á los que le calumniaban, escupían y abofeteaban, dijo dulcemente un anciano que se hallaba sentado junto á mí.

—Jesucristo era Dios; yo soy una débil mujer, respondió Julia con la tenaz exaltación propia de su carácter, y que á veces la conduce mas lejos de lo que quisiera ella misma.

—Jesucristo era también hombre, sujeto como tal á las flaquezas humanas, respondió con igual viveza el anciano. Jesucristo no impuso virtudes que no estuviesen en armonía con las fuerzas de los que deben practicarlas. Además,

esas virtudes, Dios mismo las había grabado en el corazón de sus criaturas, cuando después de haberlas formado con el barro de la tierra, las animó con su divino soplo. Los impuros vicios, las bastardas pasiones, las ofuscaron, no las destruyeron, y el Salvador celeste en su misión regeneradora, solo vino á sacarlas del lodo en que se hallaban sumidas, á hacerlas visibles, á enaltecerlas con su sublime ejemplo.

Fué el santo agricultor que cultivó las lácias y moribundas flores de la virtud, regándolas con su propia sangre; fué el sol espléndido, que vino á fecundarlas con los rayos de su calor divino.

Esa virtud que Vd. considera tan heroica y tan superior á nuestras fuerzas, la he visto yo practicar sencillamente por unos pueblos que gozan en nuestro ánimo el concepto de semi-salvajes, y nosotros, á quienes es dado contemplar al Mártir del Gólgota pendiente de la Cruz, enarbola-da por nuestras propias culpas; nosotros, que todavía oímos resonar el eco de sus últimas inefables palabras, ¿podremos mostrarnos insensibles á su ejemplo, sordos á sus preceptos, duros y empedernidos ante el espectáculo de un Dios que se inmola por salvar al hombre, y que aun muriendo perdonó á sus verdugos?

¡Ah, no! ¡Julia, no! Cuando esos sentimientos de odios conturben su espíritu, cuando esas ideas de venganza se ofrezcan á su mente, recuerde Vd., repita Vd. con



todo el fervor de un alma cristiana, estas palabras de la oración Dominical: *¡Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores!*

¡Sí, Julia, humillados, contritos, perdonemos las injurias recibidas, para que Dios nos perdone las que le inferimos en el día de su inexcrutable juicio, y de su justicia eterna!

Pero he dicho que había visto practicar esa virtud en un pueblo semi-salvaje, y voy á referir la tiernísima escena á que asistí, y que llenó mi alma de júbilo y consuelo.

Hallábame yo hace muchos años en la risueña Isla de Ceylan, que parece flotar sobre los azulados mares de la India.

¡Ah, entonces mi cuerpo no estaba encorvado como ahora, no estaban rígidos mis miembros, ni mis ojos empañados por las próximas sombras de la muerte! ¡Era joven!... Una pasión desgraciada había llenado mi alma de mortal tristeza. Quise olvidar, y emprendí un viaje cuyo límite debía marcarlo el renacimiento de mi tranquilidad perdida. ¡Dolor de un alma joven! ¡Desecha tormenta que llega, ruje, pasa y se disipa, cediendo su lugar á un sol brillante! Los nuevos y sorprendentes paisajes, las diversas costumbres, las distintas y variadas emociones extinguieron pronto mi dolor; pero, ¡cosa extraña! no lograron extinguir el odio que profesaba al causante de mi pena, quedando atravesado en mi corazón como una aguda é inquebrantable espina. Y es que el odio es hijo del amor propio humillado, de la vanidad herida, y por lo tanto sobrevive á todos los demás sentimientos del alma.

Hallábame, pues, en Ceylan, recorriendo sus majestuosos bosques poblados de monos y serpientes, visitando sus antiquísimas Pagodas, cuando me convidaron para que asistiese á una fiesta popular, célebre en toda el Asia.

En uno de los extremos de la isla hay una elevadísima montaña, llamada el Pico de Adan.

Su altura es de 8,200 piés, su forma es cónica, sus flancos están cubiertos de bosques impenetrables, y el camino que conduce á la cumbre, es escarpado y peligroso. Casi á la mitad de la subida se encuentra una cascada prodigiosa que puede considerarse como el origen del río Kalu-Ganga, y la cima del pico está circuida de un muro de mas de cinco piés de altura, ya casi arruinado. En un pequeño edificio de madera, situado en el centro, se conserva una piedra que tiene impresa la planta de un pié gigantesco, que segun unos es de Adan, segun otros de Santo Tomás, y segun los naturales del país, de Budda, quien despues de haber tomado mil terrestres formas, se elevó desde aquel pico al cielo.

La reliquia está encerrada en una guarnición de metal, adornada con cuatro órdenes de piedras preciosas, y se enseña á los fieles una sola vez al año y en un día prefijado.

Los habitantes de Ceylan, de Peghú, de Siam y de Malaca, concurren en mucho número, y peregrinando, con objeto de visitar el precioso monumento.

Desde el día anterior, véñse cruzar mil tigramos barquichuelos por los bancos de arena y escollos, llamados *Puente de Adan*, única comunicación que existe entre el Indostan y la isla, y por la noche los peregrinos acampan al aire libre, durmiendo sobre los floridos ribazos de la costa.

Al rayar el alba emprenden la difícil ascension, llevando consigo las ofrendas, que consisten en todo género de frutos; pero descansan muchas horas entre los bosquecillos que rodean la cascada. Cuando llegan al santuario es casi siempre á la hora misteriosa del crepúsculo de la tarde. Entonces se colocan en dobles círculos en torno de la sagrada reliquia, y un anciano y venerable ministro de su culto pronuncia con clara y sonora voz el símbolo de su creencia. Repitenlo todos, palabra por palabra, y aquella extraña y monótona salmodia produce en el alma un efecto portentoso.

La tarde en que yo asistí á las fiestas era bella, melancólica y apacible, como suelen ser todas en aquel hermoso clima.

Subian de los valles las emanaciones de las flores; subian de los bosques las armonías del céfiro y las aves; subia del mar el rumor quejumbroso de las olas. Estendíase sobre nuestras frentes un cielo azul y diáfano, tornasolado por los últimos rayos del sol que se escondía; estendíase á nuestros piés por un lado la azulada superficie del Océano, por el otro el verde follaje de los prados. En aquella region última de las nubes, todo era calma y majestad, y las voces acordes de los fieles formaban una melodía sublime, que armonizaba perfectamente con lo misterioso de la hora, con lo delicioso del paisaje.

¡Pero cuál fué mi sorpresa, cuál fué mi enternecimiento, cuando al terminarse las sagradas preces, ví que los peregrinos se arrojaban los unos en los brazos de los otros, con las mejillas cubiertas de lágrimas, con los ojos resplandecientes de ternura, y que gritaban en su lengua: *Paz, concordia, perdon*; dulces y bellas palabras que los ángeles se apresurarian á escribir en el libro de los cielos!

¡Aquí eran hijos que imploraban la bendición de sus padres, allá padres que llamaban á sus hijos para bendecirlos! ¡Mas allá hermanos, esposas, amigos, que se unían en un estrecho abrazo, y enemigos que se reconciliaban!

Con los amantes ósculos, con los tiernos abrazos, trocaban tambien entre sí las flores de que habían venido adornados.

Aquella era una verdadera saturnal del bien, del puro y casto regocijo. Todos iban y venían, gritaban, reían ó lloraban, haciendo mil apasionadas demostraciones de amor y de contento.

Y mientras tanto, el venerable sacerdote con las manos unidas sobre el pecho, con los ojos fijos en el cielo, elevaba un himno de gloria á Budda por la concordia que reinaba entre sus hijos!

Yo solo, en medio de aquella multitud ferviente, caí de rodillas, y con verdadera efusion, con lágrimas de verdadera ternura, perdoné á mi enemigo. La inquebrantable espina se quebró de repente, dejándome libre el corazón, y descendí de la montaña con los peregrinos, uniendo mi voz á sus alegres voces, confundiendo con las suyas mis suaves y dulces emociones.

¡Oh, Julia, aquellos toscos indios me enseñaron á perdonar las injurias, á reconciliarme con mis enemigos, á rendir un piadoso culto á la paz y á la concordia, que debe reinar entre los hijos del padre Adan, que son hermanos, y Vd., que además de ser hija de Adan, está redimida por



la sangre del cordero inmaculado, que está iluminada por los fulgores que despide la cruz santa, no renunciará á su odio fratricida, á su impío anhelo de venganza!

Calló el anciano: su voz era persuasiva, su mirada elocuente: todos sentimos algo en el corazón que no se puede espresar con palabras.

Julia cayó de rodillas, elevó las manos al cielo, y

exclamó con un tono fervoroso que jamás olvidaré:

—Perdonadnos, Señor, nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores!

—Amen! respondimos todos.

Y durante mucho, mucho tiempo, nadie se atrevió á romper el augusto silencio que reinaba en torno!

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### EN UN CEMENTERIO.

¡Pobre niña! Silencioso  
Ante su tumba me hallaba,  
Y ví una flor que brotaba  
Al pié de un saúce frondoso  
Que sombra al sepulcro daba.

Arrastrándose un gusano  
Entre el polvo se movía,  
Y dentro del alma mía  
Un pensamiento tirano  
Con honda voz me decía:

«¿Qué fué de tanta hermosura?  
Tierra, podredumbre, horror...  
Y en esa materia impura  
Pasto el animal procura,  
Y encuentra sávia la flor.

Ambos luego, el tiempo andando,  
Nuevas vidas formarán,  
Y la suya al fin dejando,  
Sus restos, siempre cambiando,  
Á otros séres nutrirán.

Aunque se levante erguida,  
Altiya, lozana y fuerte,  
¡Qué valor tiene la vida,  
Si solo está mantenida  
Por lo que le dá la muerte!

J. M. SANJUAN.

### LA BENDICION PATERNA.

(CONTINUACION.)

#### III.

#### Revelacion.

Aquella misma noche, á hora ya avanzada, Sor Teresa se acercó al lecho de la mendiga; no dormía, apenas la vió

cogió con ansiedad una de sus manos, y la dijo con espanto:

—Por piedad, hermana mia, no me abandone Vd.; tengo un miedo horrible al verme en este sitio pavoroso; de dia por fin parece que la claridad del sol anima y vivifica, pero en las altas horas de la noche, cuando el silencio sepulcral de este recinto es interrumpido solamente por los gemidos de los moribundos, me causa una impresion dolorosa.

—Cálmese Vd., hija mia, no la dejaré hasta el amanecer, que haré la preparen una habitacion independiente donde estará Vd. sola.

—¡Ah! eso costará caro, y yo, Hermana, no poseo ni una peseta.

—Ahora mismo acaba un caballero de darme esta cantidad para que la entregue á la persona mas desgraciada del Hospital, y verdaderamente creo que es Vd. merecedora del donativo. Tómele, pues, hija mia, y no desconfíe nunca de la misericordia de Dios.

—En ella tengo confianza, y solo mi fé y el amor á mis hijos ha podido sostenerme en las tribulaciones de mi triste vida.

—Vea Vd. de conciliar el sueño; yo la prometo no separarme de aquí.

—Imposible; para dormir necesito antes desahogar mis penas en un pecho amigo, y nadie mejor que Vd. puede ser la depositaria de mis dolorosas confidencias.

—Hable Vd., pues, la escucho con el mas vivo placer.

Sor Teresa tenia un fondo de bondad inagotable; era una de esas criaturas, que aunque se sientan heridas por la adversidad y la ingratitud, no creen en el mal, ni en los ingratos, juzgando excepciones á las criaturas de quienes han recibido venenosas mordeduras. Estaba dotada de una belleza suave, insinuante, que no chocaba á primera vista; pero que al fijarse en aquel rostro pálido, oval, y en aquella espresion de dulzura y de mansedumbre, no se podia menos de amarla y de admirarla. Luego su voz tenia un timbre particular, argentino, y tan gratisimo al oido, que sonaba como una música deliciosa, y no era posible olvidar-la despues de haberla escuchado una vez.

Se interesaba de todo corazón por las desgracias ajenas, y su piedad era tan grande, tan serviente y tan verdadera, que se demostraba en sus actos mas insignificantes, bas-tando una palabra suya para infundir el consuelo y la fé en el ánimo mas desesperado.



Después de haber arreglado con tierna solicitud las almohadas y la colcha de la cama de Virginia, se aseguró de que dormían las enfermas inmediatas, y sentándose junto á la cabecera, dijo á la jóven:

—Puede Vd. hablar, que nadie nos oye; precisamente las dos enfermas que tiene Vd. á su lado tienen ya el alta para mañana y duermen á las mil maravillas.

—Escuche, pues. Mi familia es una de las mas distinguidas de Madrid, por sus riquezas y por el gran nombre de mi padre, como banquero y hombre de negocios. Tengo varios hermanos, casados todos, y establecidos en diferentes puntos de España y del extranjero. Una hermana se casó en Mahon, pais natal de mi padre, que le abandonó en la niñez y no ha vuelto á visitarle. Yo soy la mas pequeña, y sea efecto del cariño que me tenia, ó de haberme criado sin madre, ello es que mi carácter voluntarioso y dominante hubo de exasperarse con las contrariedades cuando llegué á la edad en que las impresiones fuertes se apoderan de nuestro corazon.

Apenas tendria diez y seis años cuando conocí en un baile al que hoy es mi esposo. Su figura arrogante y esbelta me llamó desde luego la atencion, y simpatizamos á primera vista. Empezó á pasear mi calle y á no dejarme ni á sol ni á sombra; yo, que en pocos dias llegué á quererle con delirio alentaba sus demostraciones con mútua correspondencia, y no tardamos en entendernos.

El misterio velaba nuestro amor, nos escribíamos continuamente, y nos veíamos en los bailes y los paseos, sin atreverse él á penetrar nunca en mi casa por el carácter rígido de mi padre, y el no menos áspero de mis hermanos, que estaban entonces solteros, y que sin saber por qué le miraban con cierta prevencion, y no podian simpatizar con él.

Claudio, mi amante entonces, lo conocia y les pagaba con la misma moneda, esto me disgustaba mucho, y me esponia á continuas rencillas con unos y con otros, acrecentándose con la oposicion y las contrariedades mi amor, en términos que solo escuchaba á Claudio y mi mundo era él.

Llegaron en casa á saber nuestras relaciones, y mi padre entonces me envió á Mahon á casa de mi hermana, á fin de que olvidase á Claudio y tomase cariño á Jaime, con cuyo padre tenia el mio concertado nuestro casamiento mucho tiempo hacia.

Pero la ausencia avivó mas y mas el fuego de nuestras almas, me escribia cartas tiernísimas, apasionadas, y convinimos, para apagar las sospechas de mi familia, y que me dejasen volver á Madrid, en aceptar, al parecer, la idea de mi matrimonio con Jaime; esto tambien era conveniente para el pundonoroso Illescas, que se hallaba en análoga situacion con respecto á Vd., viéndose precisado á ocultar el amor que la profesaba por la fuerte oposicion de su padre, que se hallaba al borde de la sepultura, y á quien no se atrevia á disgustar.

Dejamos que fijasen un plazo para nuestra boda, y de mútuo acuerdo yo me vine á Madrid, haciendo creer á todos que habia olvidado por completo á Claudio, y resuelta á desposarme con él de la noche á la mañana sin que nadie lo supiera.

Así lo hicimos, pero la víspera de efectuarse nuestro

casamiento tuve la mala suerte de que me descubriera uno de mis hermanos hablando con él en el piso bajo. Empezó á insultarle, dejándose llevar de su carácter violento, y le arrojó al rostro espresiones ofensivas que hirieron su amor propio, sobre todas, la idea de que solo buscaba mis riquezas, cuando él era un triste empleado, sin mas rentas que su modesto sueldo.

Mi padre bajó al ruido y apoyó lo que habia dicho mi hermano, manifestándole que nunca seria mi marido, porque aquella misma noche partiria en el tren-correo para el extranjero.

En este apuro, y conociendo que estaban resueltos á llevar á cabo su intento, aproveché un momento de confusion y me escapé de casa, yendo á refugiarme en la de una amiga de Claudio, que me acogió con viva alegría, avisó á éste, que agradeció muchísimo la prueba de cariño que le daba, y la correspondió casándonos al otro dia. Triste casamiento en verdad, sin un amigo que me acompañase, ni una joya en mi prendido, ni la bendicion de mi padre sobre mi culpable cabeza.

Amarga empezó á ser nuestra situacion desde aquel dia; como si el cielo hubiera querido castigar mi desobediencia le dejaron cesante, y á los pocos meses de casada me ví en un piso quinto, sin mas recursos que cuatro ó cinco reales diarios que ganaba Claudio á copiar pliegos, único recurso que pudo encontrar para no morir de hambre.

Jamás consintió en que yo implorase la proteccion de mi padre; el mayor defecto de mi marido ha sido siempre su orgullo; no tiene un maravedí y se cree un potentado, por lo demás su fondo es bueno, y yo, á pesar de nuestras desventuras y mala suerte no he visto disminuirse mi cariño hácia él. Sobre todo, al ser madre de mis dos pequeños ángeles me he creído dichosa, completamente dichosa, y he soportado con valor todas mis privaciones.

Cuando nació el primer niño, volvieron á colocar á Claudio en un destino decente, y desde entonces hasta hace cosa de seis meses no lo hemos pasado del todo mal; con escaseces sí, pero felices en apariencia, porque las caricias de nuestros hijos borran á menudo de nuestro corazon la huella del pesar y de la miseria.

Mi situacion precaria me hizo abandonar todas las relaciones de mi familia; me encerré en mi casa, y á nadie he visto en los ocho años que hace cometí la primera y única falta de mi vida.

—¡Desgraciada! murmuró Sor Teresa; ¿y no ha vuelto Vd. á ver á su padre?

—Sí señora; esa es la causa de mi enfermedad; hace algunas noches que encontrándome sin recursos y sin un pedazo de pan para mis hijos, me determiné á buscarle sin que lo supiera mi marido, y á implorar su perdon; pero tambien en esto fui desgraciada, porque no le encontré, me dijeron que estaba viajando por el extranjero; volvíme con el corazon desgarrado, resuelta á llevar á cabo un pensamiento que bullia en mi mente desde que ví á mi marido caer en el lecho, postrado por la enfermedad que hoy padece.

Mi educacion, que habia sido descuidada con respecto á las labores y á las cosas útiles y necesarias en una casa, fué muy esmerada con respecto á las clases de adorno.



Aprendí perfectamente la música y el canto, y este fué mi recurso.

Me hallaba desolada, enfermo mi marido, hambrientos mis hijos, y hacía tiempo que germinaba una idea en mi mente. No pude resistir á la tentación; un día al anoche- cer cogí la guitarra debajo del brazo, oculté mi rostro con un espeso velo, y fui á situarme en una esquina cerca del Prado.

Un estremecimiento nervioso agitaba todo mi sér; pero mis hijos no tenían pan, y esta idea me daba fuerzas para llevar á cabo el sacrificio.

Con esfuerzo supremo empecé á cantar; varias perso- nas me rodearon, y sea que mi aspecto les inspirase lásti- ma, ó que verdaderamente les agradase mi voz, ello es que ví recompensado mi buen pensamiento, porque en poco tiempo recojí varias monedas, con las cuales pude atender algunos días á las apremiantes necesidades de mi familia. Cuando se me concluyeron volví á salir, y así estuve hasta la última noche, que entre las personas que me rodeaban, ví á mi padre y á Jaime, que arrojaron sobre mi falda algunas monedas de plata.

Ellos no debieron conocerme, porque un espeso velo ocultaba mis facciones, pero yo los ví y no pude menos de estremecerme; sentí mi corazón acongojado, y me levanté, marchándome á mi casa temerosa de que mi padre recono- ciese á su culpable hija en aquella miserable mendiga que imploraba la caridad pública.

Cuando me encerré en mi modesta buhardilla, di libre curso á mi dolor, y dejé desahogar en llanto mi oprimido corazón; mi marido se apercibió de ello, y riñéndome fuer- temente, se entregó á uno de los accesos de cólera que su- fre con frecuencia y que le ponen incapaz, con un humor insoportable, que no se calma con nada en muchos días, y cuyo resultado suele ser un nuevo ataque de la enfermedad que padece. Esta vez me hallaba demasiado impresionada para soportarlo con paciencia, y le amenacé con marchar- me á buscar á mi padre. Irritado con mis palabras, agarró una silla, que arrojó por encima de mi cabeza; afortunada- mente no me dió, pero caí desmayada exhalando un agudo grito, al que acudieron los vecinos, librándome quizá de una violencia por parte de mi marido, cuyo carácter se hace cada vez mas insoportable y mas ágrío.

Esta es la historia de mi vida, nada más tengo que con- tar á Vd.

Virginia, al decir esto inclinó con abatimiento la cabe- za y cruzó las manos sobre el pecho; los espesos rizos de su destrenzada cabellera medio ocultaron su rostro, y de sus pálidos labios se escapaban ahogados suspiros.

Sor Teresa la cogió una mano, y la dijo con ter- nura:

—Tranquílcese Vd., hija mía, y crea que la misericor- dia de Dios es muy grande.

—Ya lo sé, pero mi falta es inmensa; por seguir á un hombre que me ha hecho desgraciada, perdí el cariño de mi familia, y sin embargo de todo, le amo, es el padre de mis hijos, y no podría separarme de él.

—Verdaderamente que el amor es ciego; si tuviera vista, hubiera Vd. conocido que no le convenia unirse á un hom-

bre sin posición y con un carácter tan poco á propósito para granjearse amigos.

—Es verdad; mas ya no tiene remedio.

—Lo que Vd. debe hacer es procurar reconciliarse con su padre.

—Es mi mayor deseo, y lo procuraré con todas mis fuerzas en cuanto salga de aquí.

—Prometo ayudar á Vd., y quizá no me sea difícil con- seguir su reconciliación.

—¿Si pudiera Vd. hablar á mi marido!

—Lo haré, procurando borrar de su alma ese resentimiento que nunca debió tener, y que es hijo del orgullo, del falso orgullo que tienen generalmente todos los hom- bres ignorantes.

—¿Se va Vd.? dijo Virginia, viendo levantarse á Sor Teresa.

—Sí, hija mía, tengo que ver otros enfermos, y á usted la conviene descansar; duerma tranquila, que una Herma- na se quedará á la cabecera de su cama.

—¡Ah, mil gracias!... no sabe Vd. cuánto le agradezco el interés que se ha tomado por mí.

Instantes despues, Virginia, mas tranquila y halagada por una consoladora esperanza, pudo entregarse algunas horas á un apacible y dulce sueño.

#### IV.

##### *Contrariedad.*

Era muy temprano al siguiente día de haber encontrado á su amada, cuando ya Jaime Illescas estaba en la calle de Atocha y se dirigia aceleradamente al Hospital.

Es verdad que el amor presta alas, y Jaime las tenia en aquel momento, porque hacia ocho años que estaba enamo- rado con locura de aquella mujer, que habia sido la única ilusión de su vida.

Tambien ella le esperaba; ni uno ni otro habian podido dormir en toda la noche. Tanto preocupa la felicidad como la desgracia, y habiendo sufrido largo tiempo el peso de un dolor sin medida, no es posible hacerse superior á una ale- gría impensada que de repente llega á poner término á una época de amargura y de tormentos.

Así les sucedia á los dos jóvenes; se vieron un instante por primera vez despues de ocho años, y anhelaban con- tarse todos sus dolores durante tan largo tiempo, y este deseo era un ansia insufrible que no les dejaba sosegar.

Cuando Jaime llegó al Hospital preguntando por Sor Teresa, le hicieron pasar á una sala donde ya otro caballe- ro la esperaba hacia rato.

Era éste joven todavía, si bien se aproximaba á la edad madura. Tenia una figura interesante; buen mozo, con ca- bello y barba negra, ojos grandes y hermosos, chispeantes de ingenio y de gracia. Por sus maneras distinguidas y por la elegancia de su traje, dejaba conocer su posición, que debia ser muy elevada, por lo menos en cuanto á las ri- quezas, porque la cadena del reloj, adornada con preciosas piedras, valía un caudal, y el anillo que llevaba en la mano izquierda era un brillante de incalculable precio.



Jaime le miró de arriba á bajo, y sin saber por qué se puso pálido.

Al entrar le habían dicho:

—Pase Vd. aquí, donde hay otro caballero esperando á Sor Teresa.

Y pasó mirándole con recelo, porque aquel hombre era buen mozo, rico al parecer, y quién sabe el objeto que le llevaría cerca de ella.

—¡Ah, se amarán!... murmuró Jaime estremeciéndose. Despues de ocho años que no la veo, cuando me abandonó herida por mi desden aparente y juzgándome ingrato, ¿será posible que me haya conservado su cariño? ¿Ni qué derecho tengo á exigirlo?... ¡Ay! ¡pobre de mí!... ¡cuán desgraciado soy!... ¡y sin embargo, yo no la he olvidado ni un solo momento; la he buscado con afán por toda España para hacerla mi esposa, para convencerla de mi amor y de mi lealtad!...

Embebido en estas reflexiones, Jaime se había quedado muy meditabundo, pero sin apartar la vista de su compañero, que se paseaba con impaciencia á lo largo de la sala. De repente se detuvo y miró el reloj.

—¡Cuánto tarda! murmuró... ¿Vd. también espera á Sor Teresa, no es verdad?.... exclamó dirigiéndose á Jaime.

—Sí, señor; contestó el joven lacónicamente.

—¿Acaso es Vd. pariente suyo?

—No, señor; somos amigos de la infancia; nacimos en un mismo país.

—¡Ah! ¿entonces la tratará Vd. con mucha intimidad? exclamó alarmado el desconocido.

—Hacia ocho años que no la había visto ni sabía su paradero, hasta que anoche la encontré aquí por casualidad.

—¡Ocho años!... vamos, ya es fecha; y la hallará usted muy cambiada?

—Mucho, y sobre todo, lo que mas me ha sorprendido es el traje que viste, dijo Jaime.

—¡Infeliz! ha sido muy desgraciada, y buscó en la religión y en la caridad un refugio á sus penas.

—¿Luego Vd. conoce su historia? exclamó Jaime con angustia.

—A medias; solo pude conseguir que me revelara una parte de ella.

—¿Hace mucho tiempo que la conoce Vd.?

—Dos años; y ese mismo tiempo hace que no la he visto, ó por mejor decir, que he estado ausente de ella, porque ni un solo momento desde la primera vez que la ví se ha separado su imagen de mi corazón.

Jaime se estremeció visiblemente y preguntó con voz ahogada:

—¿Luego la ama Vd.?

—¿Y cómo no amarla si es un ángel sobre la tierra? Le debo la vida y la fortuna, y vengo á depositarla á sus pies. No estrañe Vd. esta confidencia que le hago; pero estoy tan orgulloso con mi dicha, que se lo contaría á todo el mundo, con mas motivo, á un paisano suyo y amigo de la infancia.

—¿Pero ella corresponde á su cariño? preguntó con ansia Jaime.

—Tal creo, aunque no me lo ha dicho; pero si consigo hacerla aceptar mi mano, no podrá menos de amarme, porque la adoro y sabré conquistarme su afecto: ¡ah! ella sola puede darme la felicidad. Verá Vd. lo que ha pasado.

El desconocido, cuya voz estaba alterada por la emoción y la impaciencia, tomó una silla y se sentó al lado de Jaime, quien inclinando con abatimiento la cabeza se preparó á escuchar.

—Hace dos años, que por cuestiones de juego tuve un desafío con un hombre que ni siquiera conocia. Que en el paseo de Atocha, á las doce de la noche, caí mortalmente herido; mi adversario huyó creyéndome muerto, pero no lo estaba, y cuando recobré el sentido me encontré en el Hospital, asistido por Sor Teresa, que no se apartó de mi lado en quince dias que estuve luchando entre la vida y la muerte.

Este tiempo y el que duró despues mi convalecencia, en el que no quise salir de aquí, fué suficiente para que yo admirase en mi hermosa y angelical enfermera á la verdadera Hermana de la Caridad, á la mujer sublime cuyo corazón es manantial inagotable de consuelo y de bondad.

No pudo menos de conocer mi adoración, se lo manifesté con el profundo respeto que me inspiraba, y me respondió rechazando siempre mis proposiciones.

Yo no podía casarme entonces; mi padre, el conde de Piñalvo, me esperaba en América, donde había ido á tomar posesion de una herencia cuantiosa. Además, yo no contaba tampoco con su consentimiento, y Sor Teresa era demasiado delicada para aceptar mi mano sin la bendición paterna. Expuse estas razones, y la manifesté mi deseo de que dejase el hábito y esperase mi regreso para casarnos, y no pude conseguirlo, se negó á todo, y no quiso admitir ni una sola flor como recuerdo mio.

—Pero ella, ¿le manifestó su ternura? exclamó Jaime.

—Ni una esperanza me dió; únicamente pude conseguir que á fuerza de ruegos me dijese:

—«Vaya Vd. á América, donde el deber le llama, y si un dia vuelve y no ha cambiado de parecer, veré si puedo ser su esposa; hasta entonces aquí estaré cumpliendo con el deber que me impone la caridad.» Ese dia ha llegado, y aquí estoy, mi padre murió, no tengo familia, soy libre, completamente libre, Conde de Piñalvo, y poseo una fortuna de treinta millones, que vengo á ofrecer á sus pies con mi corazón y con mi mano.

—¿Y se casará Vd. con ella?

—Mañana mismo si consiente; respondió el Conde con entusiasmo.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## LA PRIMAVERA IMAGINADA.

En uno de los rarísimos inviernos que pasan por nuestras regiones sonriendo y escoltados de florecillas, salí una tarde á pasear por el valle, y al abrigo de los vientos del



Norte. Allí, sobre la grama, verde todavía, reclinábanse algunas violetas y azules pervincos. Dos soberbios pinos estendian sobre mi cabeza su ramaje de un verde oscuro. La yerba me pareció tan blanda, la tarde tan serena, el lugar tan apacible, que me senté á descansar, y en breve me dejé llevar de mis tristes pensamientos.

A medida que los acumulan sobre nuestras cabezas el peso de sus días, se aumenta la dificultad de sustraerse á la impresion desagradable que nos producen los objetos exteriores que nos rodean. Así, el anciano arrecido por el soplo del invierno y á vista de una naturaleza desmayada, y por decirlo así, moribunda, no halla en sí mismo la fuerza de reaccion suficiente para suavizar ó disminuir el efecto que le producen unas imágenes de suyo tristes, y que se hallan ¡ay! demasiado en armonía con su propia decadencia! Entonces sufre por lo que vé y por lo que siente, y sin poderlo remediar se deja vencer por la tristeza.

Yo me hallaba en ese mismo estado al comenzar mi paseo, y es lo mas probable que hubiera continuado en él, si un rayo de sol no hubiera lucido ante mis ojos, si estos no hubieran fijado sus miradas en las silvestres y graciosas florecillas, y si una calandria, en fin, no hubiera regocijado mis oídos lanzando junto á mí, no ya el débil sonido que anuncia su presencia, sino el gozoso y prolongado trino que despierta al remontarse al espacio.

Pero calentado por el sol, fortalecido por el soplo de una brisa templada, regocijado por el alegre arrullo de la simpática y amable avecilla, me pareció que renacian para

mí los bellos días de la primavera y de la juventud; parecióme que la naturaleza me acariciaba, y, á lo menos con la imaginacion, retrocedí á la mañana del año y la de mi existencia.

Esta especie de sueño me pareció tan delicioso que le prolongué cuanto pude, y al volver á mi casa llevé conmigo una provision de alegres y consoladores pensamientos. Mi memoria retuvo largo tiempo las canciones de la inocente calandria. Las ilusiones de aquella tarde fueron como una luz que aclaró el horizonte nebuloso de mi vida.

Y ahora bien, lectoras mías, seguro estoy de que todo desgraciado que gime bajo el peso del infortunio podria sentir dulcísimas impresiones si hallára en sus prójimos agrado, simpatía, caridad, en fin. Bajo la suave influencia de una mirada cariñosa, de una sonrisa benévola, de una palabra tierna y consoladora el corazón se dilata y el espíritu reanimado se refugia en una *soñada primavera*.

¡Oh, vosotros, afortunados y poderosos del mundo!... Vosotras, dulces criaturas, damas bellas que fuisteis criadas para bien del hombre; vosotras, que formais su corazón, sed para los que sufren las desgracias y miserias de la vida humana el rayo de sol que disipe las tinieblas de su espíritu, el soplo que los reanime, la flor que los alegre, la voz que regocije sus oídos, impresionándolos tan dulcemente como yo lo quedé al escuchar el trino de la dichosa calandria.

(Arreglo.)

MICAELA DE SILVA Y COLLÁS.

## LABORES.

La que muestra el núm. 1 es una cenefa de *aplicaciones* de paño de colores, que recomendamos muy particularmente para guarnecer tapetes de mesa ó velador, cestas de mimbres, rinconeras, almohadones, y otros mil objetos que hoy realza el gusto femenino. Entran en su combinacion una tira de paño grana y otra negra, ambas picadas y sobrepuestas desiguales, y en cada onda va colocada una hoja recortada de paño grana en el negro, y otra de terciopelo negro en la grana: estas hojas van cruzadas por torzal negro la encarnada y blanco la negra, que imitan las membranas, formando el tronco unas cuentas de mostacilla de acero. Una cinta de seda blanca bastillada á tablas por la mitad sirve de cabeza á esta linda guarnicion, para la que pueden utilizarse recortes de paño y terciopelo.

El núm. 2 representa un entredos que pertenece al nuevo y ya estimado género de labores de *malla guipure*: esta debe principiarse por un solo punto y crecer al principio de cada vuelta hasta que el entredos tenga el ancho marcado en el dibujo al biés, y desde entonces se va siempre menguando un punto á una orilla y creciendo á la otra, con lo cual sale el entredos recto. El bordado exige que se ponga en el bastidor despues de concluida la malla, y siguiendo el dibujo, como en un bordado de cañamazo, se copia haciendo unos puntos al antiguo *zurcido* y otros en molinetes, ruedas y cruces, puntos ya esplicados todos en artículos anteriores en que se ha tratado de estas labores de malla. Cada uno de los puntos están suficientemente

marcados en nuestro grabado, y el hilo que debe emplearse para esta labor es el que venden en los carretes ingleses, fino é igual, al mismo tiempo que de gran solidez, eligiéndole mas ó menos grueso, segun el objeto á que se destine el entredos. Este puede servir para adornar camisetos, trajes blancos, paletots de encaje, etc., poniéndole viso de color debajo, ó bien para sobrepellices y objetos de iglesia.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## ADVERTENCIA.

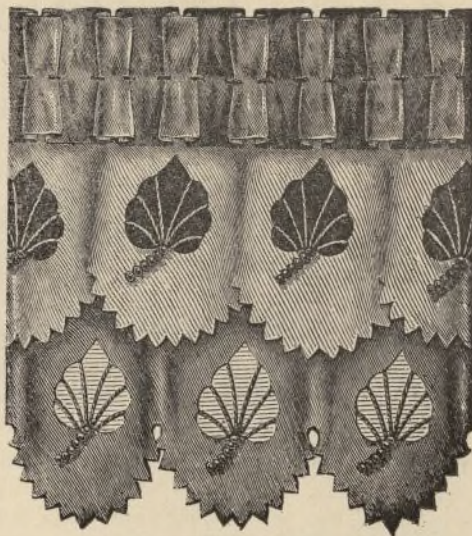
Al entrar en prensa nuestro número todavía no hemos recibido el figurin que debe acompañarle: si llega á nuestras manos antes de repartirle, lo acompañaremos. Su esplikacion va incluida en la Revista del número del día 16.

Por lo no firmado: el Director  
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.  
IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



1



2

